

"Marapez"

Catalina Landivar
landivarcata@gmail.com

El agua enfría El agua calma El agua limpia El agua salva El agua moja

El agua eriza El agua caliente El agua mata.

Un patio abandonado.

El pasto creció metros.

La pileta está llena de un agua que no se cambió jamás.

Mara, con un bolso, botas de goma y bolsas. Está en el borde de la pileta y mueve el agua con las manos.

Llama a un pez que aparece.

Lo toca.

Se saca las botas.

Invierno.

Invierno.

Invierno.

Lo que está en la pileta

Las botas llenas de agua.



MARA. Mi abuela encontró gatitos acá, una vez. Dos: uno blanco y otro gris.

Tenían dos días o tres y eran hermanos; pero uno estaba muerto y el otro vivo.

Al muerto lo enterró, envuelto con hojas de diario... y al otro -el que era gris- le puso de nombre Gato y se lo quedó. Le daba leche con un gotero, lo dormía entre sus tetas.

El gatito parecía un pájaro mojado: gris, flaco. Lloraba todo el tiempo. La abuela dijo que la mamá lo había tirado a la pileta.

Mi abuela cuidó mucho a Gato. Le importaba él más que nada. Se le quemaba la comida por jugar con él.

Le hacía bollitos de lana y se los colgaba del picarporte...

Ella era tan buena en ese tiempo. A mí me dejaba comer panes con manteca hasta que me doliera la panza y siempre me regalaba un bombón de coco y dulce de leche, aunque fuera la hora de la comida.

El día que el gatito se enfermó, se puso tan triste -y eso que hacía solo un mes que estaba en su casa. *Ey, gatito chiquito, ey, ey...* no se vaya, decía y le tocaba acá...

Un mes es mucho tiempo. Uno se encariña en un ratito nomás. Pero en ese momento me parecía tan poco. Tan poco un gato al lado mío. La miraba, yo, paradita, al lado suyo. Sosteniendo el repasador húmedo de sopa.

No se murió nada al final. Solamente se puso un poco más débil. Siguió creciendo y de golpe se hizo gordo y bien peludo.

A mi mamá no le gustaba, porque la hacía estornudar. (*Se ríe. Tiempo.*) Siempre se le ponía la nariz roja cuando veníamos acá y se hacía la nariz para arriba y se le arrugaba toda la cara.

Sacá ese coso con pelos, le decía, y yo me lo llevaba al patio.

Una vez que me rasguñó el cachete mi mamá lo agarró de la cola y lo hizo gritar. *¡No te digo que es una porquería ese animal!*

Pero la abuela lo defendía. Era como su hijo, como vos conmigo. Yo también te defendería si alguien te quiere tirar a un inodoro. Además no era nada lo mío. Es que mi mamá era asustadiza y yo, llorona.

Estuvo varios años acá en su casa, pero Gato desapareció cuando ella por fin pudo tomarse vacaciones.

Pobre abuela. Había estado lavando su ropa durante un mes, para tener todo preparado.

Y cuando volvió, el gato se había ido.

Raro... porque la vecina venía a darle de comer. Mamá y yo también veníamos a veces. Se habrá asustado, pobrecito, o capaz que lo robaron o capaz que se quiso ir nada más.

Me daba una lástima verla. Movía el alimento y lo llamaba, antes de dormir, en camisón, muerta de frío, sacando la cabeza por las rejas de la ventana del living.

Prendía velas todas las mañanas, por si volvía...

Pero no volvió nunca.

No todos son como vos.

Te traje tostadas de ayer. Y estas hojas para que esquives.

Rompe una tostada en el agua.



El regalador de mallas. Recuerdo 1

MARA. No, no quiero, no las quiero. Llevátelas. Tienen olor a otra. Las bombachas no se prestan, aunque sean mallas.

¡No las dejes!

Ellas las van a buscar y no las van a encontrar y vas a tener un problema.

Además no quiero nadar hoy. Me sigo hundiendo.

Ellas tienen memoria.

Las mujeres se olvidan de las mallas propias cuando hace frío... Pero en verano vuelven los recuerdos. ¿Y la violetita con rayas amarillas? Y... ¿esa que me gustaba cómo me quedaba?

Y cuando se mueran de calor las van a empezar a buscar, te van a revolver todos los cajones del Club, TE VAN A GRITAR QUE POR QUÉ HICISTE LO QUE HICISTE CON SUS MALLAS. ¿QUIÉN TE PENSÁS QUE

SOS PARA TOCAR SUS COSAS DE CUERPO?

Ellas no las quieren. Las dejaron tiradas, arriba de los asientos.

Las tiene en las manos. Mira una.

Está seca esta. Se endureció.

La toca.

Te quedó colgada por mucho tiempo, ¿no?

A mi abuela le pasó una vez: una frazada de cuadros se hizo como cartón y no sirvió más para tapar, solo sirvió para hacer fuego.

Esta malla no es más una malla.

Al pez.

¿Te gusta?

Al Regalador.

Llévate todas. Dejame la dura nada más.

Al pez.

Me fui quedando con todas. Él insistía todos los días en dejármelas. Tomá, tomá, tomá, tomá, tomá, tomá.

Eran cosas que nadie quería tener más. Eran cosas viejas que habían dejado de importar.

Me las donó.

Me las dejó.

Soy un profesor sin título, pero te puedo enseñar. Tirarse de cabeza es sencillo. Nada más tenés que estar mirando un punto fijo y cerrar los ojos antes de llegar al agua.

Vino a casa un tiempo. A la tarde. La abuela no abría la persiana jamás y no lo conoció. Ella se dormía con la radio en la oreja, se aturdía tanto que perdía la conciencia.



Yo ya vivía con ella y estaba siempre acá afuera. Él me veía desde la ventana del vecino, le daba lástima que siempre me sentara en el borde de la pileta con ropa abrigada. Eso me dijo después.

Estaba esperando que lo llamen para competir... Su pieza daba a nuestro patio. Y esperar lo aburría. No tenía muchos amigos, ni nada. Era un chico tranquilo que hablaba poco y leía cosas raras: como... si se podían comer las pelotas de tenis o cómo podía hacer para correr sin cansarse.

Al pez. Saca una bufanda de mallas.

Mirá, las uní a todas. Con diferentes hilos para que no parezca cosido.

Son...

Apoya la bufanda en el piso y las cuenta, se las va enredando.

Son 22: 13 enteras y 9 bikinis. Algunas no son lindas, pero en el total se ven bien. Parecen colores nuevos, colores que no se inventaron todavía.

El Regalador me regaló 19. Me fue dando algunas pocas y cuando me pude tirar de cabeza sin gritar, me dio una bolsa de consorcio con todo el resto. Hasta perfume de bebé les había puesto. Colonia en una bolsa negra de basura. Fue cuando me despidió en realidad. Él no iba a estar acá para siempre.

Las otras 3 mallas estaban acá en casa. La abuela me dijo que eran de ella, pero no puedo creer que ella haya usado cosas rojas.

No pude encontrar ninguna malla de mi mamá. Desaparecieron todas.

¿Se cayeron con ella, enganchadas en los pies?

Mi abuela no supo qué decirme.

Ella era friolenta. No iba a la pileta.

Pero si le gustaba la lluvia no podía ser friolenta.

Pero era, me decía la abuela, y ya no se le podía preguntar más.

Fría entrepierna

Mara con un gorro de lana en la cabeza. Apoyada sobre las bolsas. Mete las manos en la parte honda de la

pileta. Saca agua y se tira encima de las piernas.

MARA. Me pasé tres meses enteros sentada en la hamaca del campo de mi tía Elena, porque un nene del otro salón me dijo que *quería coger*.

En el campo de mi tía siempre se puede hacer lo que quieras.

Ahora ya no, pero cuando existía el campo sí que se podía. Comer higos y tirarse con las patas para arriba. Yo tenía un mantel viejo que usaba para dormir la siesta y comer higos. La siesta higo le decía mi tía.

Pensé en cómo quería que sean mis hijos.

Va hasta la escalera y se mete de a poquito. Se moja hasta las rodillas. Tiembla.

¿Vos podrás tener hijos?

El agua en la entrepierna ahora.

Cuando pasás la cintura, el cuerpo se anestesia. Se deja. Se hiela y ya no se siente nada.

O se siente todo. Cosquilludo todo. Caliente todo.

Mi nena tendría trenzas rubias y el nene, pelo para el costado y camisa blanca. No les puse nombre, porque no sé cómo me gustaría decirles.

El verano de lo de coger fue cuando me puse a armar a mis hijitos. Son... tan... lindos, tan lindos que a veces soñaba que venían a jugar conmigo.

Se tapa con una sábana enorme que saca del bolso y sigue mojándose.

Nadie sabe que vos sos tan obediente. A vos te gusta estar encerrado y a mí me gusta llorar. Vos siempre volvés. Vos no sos como el gato de la abuela. Siempre vas a ser mío, aunque no tengas nombre. Siempre te voy a decir amor, como a un hijito, como a mi hermoso animalito de agua.

Mi amor pez.

Lo mira en el agua.

Andá. Andá.



Nadá y volvé...

El regalador de mallas. Recuerdo 2

MARA. Primero empezamos con los pies. Uno al lado del otro, prolijos... y la respiración.

El agua es buena, me decía siempre el Regalador.

El agua es clara.

Yo temblaba al principio y me dolía el cuerpo entero.

Me daba vergüenza levantar los brazos y el Regalador me hacía levantarlos, para estar derecha y poder saltar con toda la fuerza de las piernas.

Yo no miro nada, decía.

Pero ya había visto los pelos. Y era peor. Los pelos suavечitos, recién nacidos.

No soportaba el viento en la piel tampoco. Yo siempre fui más friolenta que el mundo.

¡No pienses en el frío! ¡Pensá en saltar!

Se me congelan las orejas. ¡No quiero, no quiero, no quiero, no quiero!

Y él se iba. Sin enojarse ni nada. Agarraba su mochila y volvía a su casa de paso.

Voy a hacer cosas. Mañana hacé señas si querés seguir. Siempre estoy atento.

Y yo me quedaba ahí mintiendo por un rato, por si me estaba mirando. Sola, en el borde, soplando alguna marca en el agua.

Se me caían las lágrimas.

Del frío, de la vergüenza.

Y de los nervios. No me quería distraer. Y aprender a tirarme de cabeza, era distraerme.

El perfume fue lo último que me olvidé.



La cara se me fue enseguida. Le preguntaba a mi abuela, pero ella no sabía qué decirme. ¿Tenía espacio entre los dientes? ¿O lo inventé yo?

¿Los muertos se arrugarán en el cajón?

¿Se les abrirán los ojos en el fondo de la tierra?

¿Se les pegará la ropa al cuerpo, y quedarán como una pintura...?

Ella tenía un vestido de verano. Yo no la vi, no me llevaron ese día. Pero el vestido estaba preparado en la cama de la abuela. Planchado. Era uno azul de florcitas blancas, que nunca había usado, pero que habíamos comprado juntas en la feria americana que hacían cerca de la placita. Siempre decía: cuando me lo ponga, nunca voy a decir cuánto lo pagué.

Me acuerdo perfecto de cuando se lo probó en ese garaje. Porque yo le tuve que tener la cartera y le tuve que decir cómo le quedaba.

Un poco apretado. Pero ella se rió y lo compró igual.

Yo me quedé con una vecina vieja ese día, que me miraba y se chupaba las uñas. Estuve haciendo dibujitos toda la tarde. Pegando papeles, algodón. Llenándolos de cola. No conozco la nieve verdadera, y no la conocía en ese tiempo, pero pensaba en comerla. A mí me encantaba meterme cubitos a la boca. Vivir en la nieve y tragarla debe ser como creer que sos un animal salvaje. Y eso dibujé. Cosas con nieve. Cosas salvajes. Cosas de sangre blanca.

Mira el dibujo. Tiempo.

Le puse Blanquito al perro que hice acá, ¿te gusta?

Es un perro lobo que vive en el mundo de la nieve que inventé ese día. Se lo regalé a la señora esa, pero me dijo que mejor se lo dé a la abuela. Pero yo quería dárselo a ella, así que me lo quedé yo.

Estuve sin dormir muchos días. Creo que pasé cinco noches despierta.

La abuela estaba ocupada y no me veía.

Ella tenía que resolver cosas. Tenía que llorar cosas.

Me acuerdo que me llevó a mi casa y me dijo que junte lo que quería llevar. Agarré ropa y unas pinturitas

para uñas. Ella guardó todo en cajas y me vine con ella.

No entendía nada yo. No entendía nada de nada.

Silencio. Al pez. Mira el dibujo.

Si pudieras comer te daría para que chupes helado. El de frutilla con pedacitos de frutilla de verdad es el más rico de todos.

Si te hacés humano algún día... te voy a convidar.

|||||

El regalador de mallas. Recuerdo 3

MARA. ¿Viste mi medalla? Es más grande que el resto y más pesada. Podría haber salido primera, pero el dedo gordo se me enganchó con el bordecito justo cuando me tiré, por eso no llegué. Yo toqué la pared y la rubia había tocado un segundo antes. Fue tan importante ese segundo. Y ahora puedo quedarme callada tanto rato, desperdiciándolos... que me da bronca, pensar que los segundos ahora son una pavada. Podría haber ganado yo.

Te traje dos bolsas, Mara. No importa eso.

Al pez.

Y ahí estaban: una bolsa negra con mallas y una bolsita chiquita y mojada.

En una, el verano para siempre. En la otra, vos.

Tenés que cuidarlo mucho, porque son delicados. Lo elegí por todos los colores que tiene. Ponele el nombre que te guste y dale de comer de a poquito. En la otra cuadra venden bolsas de alimento. Duran mucho. Y hablale. A los animales les encanta que les hablen. Como a las plantas, ¿sabías?

No...

Seguí yendo al Club. Hay otro torneo a fin de mes. Si entrenás...

¿Y si me preguntan quién soy?

Decíles que sos mi vecina.

¿Tu vecina?

Ellos ya te conocen. Sos subcampeona ahora.

Chau Mara.

Al pez.

Me dejó la dirección escrita en una tarjeta. La dirección de la casa donde iba a vivir después del viaje. Nadando por ahí. Los nadadores son así. Van de un lado a otro.

Yo abrí la bolsa y te vi. Me miraste enseguida y yo te miré enseguida.

Pez.

El sueño

El agua podrida tiene olor. Juega con objetos mientras dice:

MARA. Voy en un colectivo, yo soy la que maneja. Las mellizas de la escuela están en el primer asiento y tienen un ramito de flores blancas en las manos... Están vestidas iguales, pero se ven más prolijas de lo que son. Las dos con trenzas peinadas con agua. Me miraban a mí y yo no sabía cómo arrancar.

Atrás -en el colectivo- estaba lleno de personas: bebitos, una señora gorda, un chico con un perro negro a upa, un señor muy viejo en silla de ruedas y dos nenes con la cara embarrada.

Todos estaban en el colectivo, pero nadie hablaba ni ladraba, ni nada.

Todos estaban pensando cosas, menos Ana y Sara que me miraban a mí.

Vos estabas al lado mío, eras el copiloto. Eras como un pez nene, porque no había agua y estabas vivo igual.

Yo ponía la llave en donde se ponen las llaves y el colectivo arrancaba. No sé cómo pero yo sabía manejar, pero tenía nervios igual porque miraba para abajo y en donde se apoyan los pies no había nada, se veía la calle, el aire...

El colectivo había arrancado, pero no podía frenar porque no estaban los frenos, y empezaba a andar cada vez más fuerte. Una de las mellizas -Ana- empezó a reírse de golpe; a reírse como un diablo rojo y yo me

asusté.

Te miré y vos ya no estabas al lado mío. Te habías ido a la calle y estabas bien lejos, parado delante de un puente que ya terminaba, me estabas avisando que había un río o un mar o algo y que nos íbamos a caer. No sabías hablar, solamente hacías así con las aletas y yo entendía. Tus aletas en realidad no eran tus aletas, eran como alas grandes, pero alas de pez.

Yo miraba para atrás y nadie se daba cuenta de que nos íbamos a morir.

La risa de la melliza me daba miedo y se me habían mojado las manos y el volante... porque transpiraba mucho.

Nos acercamos cada vez más al agua esa... y... nos caímos como en una película. Bien lento: primero fuimos volando arriba del agua, hasta que empezamos a caer.

Nadie gritaba, solamente yo y Sara.

Ana seguía riéndose y vos estabas contento, porque nadabas en una pileta re grande, bueno, en una pileta no, en eso que era un mar, creo y había un señor que pescaba cerca tuyo y yo me asusté, porque vos estabas yendo para donde estaba ese señor y GRITÉ FUERTE: ¡NOOOOOO!

Y ahí me despierto.

Sueño eso todos los lunes desde que estás acá.

Los pescadores tienen un gancho para comer peces. Los comen.

Lo acaricia.

La caída y la reina

MARA. Se resfalo. A la abuela le salió así: se resfalo.

(El silencio, primero. El grito, después.)

Estábamos las tres mirando la hoja de un libro, antes. Unos puntitos rojos que si los mirabas 40 segundos y parpadeabas se veía la figura de una reina. Un truco. Que ocurría al mirar el techo. Se podía mirar la pared también, pero como había muchos cuadros colgados, fuimos al techo, las tres.

Mamá y yo la vimos, pero la abuela no. Y le daba una bronca que algo no le saliera...

Nos reímos por eso y la abuela se levantó y se fue a hacer el té con limón y azúcar hirviendo, que siempre me hacía quemar el paladar. ¡Tontas! ¡Qué va a haber una reina! Golpeó cosas a la pasada, tiró una cuchara al piso, que se amplificó por el pasillo. ¡Qué cosa más divertida era mi abuela enojada!

Llovía desde hacía un rato. Una gotera empezaba a manchar el sillón y se deformaba, cerca de mi pantalón.

Mamá todavía con la reina en los ojos, agarró el balde del baño y en pantuflas, salió al balcón.

El pelo siempre queda mejor con agua de lluvia. Hacía eso todas las veces que se daba la fórmula: quedarnos en lo de la abuela los días de tormenta: se estiraba hasta la canaleta, ponía el pie en el borde del fierro verde gastado y se salpicaba llenando el balde... para después inundarse la cabeza de espuma. La canaleta era poderosa. *La lluvia es bien espumera* decía. Corría al baño después, y se agachaba en la bañera: se revolvía los pelos, se tironeaba. La cabeza caliente, brillante. Tardaba días en volver a lavarse.

El agua del té hervía. Y siguió hirviendo hasta desaparecer, quemar el fondo de la pava y llenar de humo las cortinas.

La reina que no se me iba. Una reina encima. A upa. Una reina que me dejaba ciega, y que era alta y elegante.

El silencio.

Mi inmovilidad en el sillón.

La gotera que avanzaba en mi pantalón y se mezclaba con las ganas de hacer pis. Una manía que conservo hasta hoy. Aguantar para ir al baño... El frío de la entrepierna, el frío de la ventana abierta por la tormenta, por el invierno, por la noche que era hace rato.

Un aullido de bestia. El aullido de animal lo escuché de mi abuela ese día.

Salió corriendo, porque había oído un ruido, que yo nunca escuché.

Corrió despareja, apurada, temerosa, por las escaleras largas.

Y mamá estaba ahí.

Con el balde en la cabeza, como los nenes que juegan a la guerra.

Las manos abiertas.

Descalza y con las uñas de los pies pintadas de rosa.

Una de las pantuflas colgaba de una ramita que crecía en la ventana.

Fría estaba

Tirada

Muerta

Como si la distancia del balcón al suelo hubiese sido mayor.

Fui hasta la pecera y tomé agua con las manos. Siempre era más tibia y no había nadie viviendo ahí. Pensé en... todas las cosas que había hecho en el día. Repasé cuánto había caminado, qué cansadas tenía las piernas... cuántas ganas tenía de dormir.

En el baño -después- no escuché nada más. Me dormí envuelta en una toalla, muerta de frío. Nadie se acordó de mí hasta mucho rato después; cuando se fueron todos los vecinos, los policías, los amigos, las personas.

Es que yo era silenciosa.

Yo siempre fui silenciosa.

Agua

Están metidos en la pileta. Y el agua tan verde.

Ella, metida hasta la clavícula. Levanta los brazos.

Tiene el pez en las manos.

MARA. ¿Ves cómo brilla? Allá.

Nunca miro la luna... no me gusta.

Pero mirá, mirala ahora.

Lo pone cerca de su cara.

Ay...

A mí no. Para arriba.

Nadie soporta la mirada del otro como vos.

Vos podrías mirarme días enteros. ¿O no?

¡Ay!

Me estoy mojando por vos. ¿Te das cuenta o no pensás en nada?

Ya no te podés quedar

No podés

No se puede más.

Y no te puedo comer. Porque si pudiera, te metería adentro mío, para que nades esquivando todo lo que debo tener.

Hace la cabeza hacia atrás. Se moja la nuca.

Para que se vaya toda la espuma del pelo, bien para atrás.

Para que no entre a los ojos, bien para atrás.

No entendés nada de lo que hablo, nunca entendiste. Nunca. Y yo, acá... en esta... cosa espantosa. Que me tira para adentro. Que... que... Voy a vomitar, creo... para que se mezcle como leche en el tuco. ¿Te imaginás?

A vos te daría lo mismo

Porque sos lo más alegre que yo conozco.



Vos nadarías hasta en el desierto.

Lento. Pegoteada y mojada. Respira entre el asco.

¡Ay! Voy a tener que arrancarme los pies.

No quiero usarlos, después de haberme hundido acá.

Si no sirve, se tira.

Eso decía mi mamá y lo hacía.

Una vez tiró todos los platos que teníamos en el mueble de los platos. Los tiró en el patio, contra el piso rojo. Eran diferentes: había algunos nuevos y otros viejos color rosa. Los soltó fuerte y los reventó, los explotó.

Una mujer que vivía arriba de nuestra casa, se asomó por la ventana y gritó algo, pero a mamá no le importó. Vivíamos solas en una casa chiquita, en ese tiempo: una casa chorizo que tenía techo con goteras. Y era lindo estar ahí, porque comíamos papas fritas todos los días.

Hacía mucho calor el día de los platos. Yo estaba haciendo una pulsera con fideos cuando escuché. Saltaban los pedacitos por todos lados. Pero no le dije nada. La dejé que hiciera eso porque se notaba que le gustaba.

Solo le pedí uno en un momento y lo tiré arriba de unas hormigas. No se rompió: rebotó; entonces volví a agarrarlo y lo tiré con toda la fuerza contra el rincón. Reventé el hormiguero, lo desparramé y todas las hormigas salieron corriendo, como locas. Me miraron. Yo les había destruido su casa entera.

Mamá se rió de eso y me dio otro para que rompa, pero justo era uno que me gustaba y no lo quise tirar. Es que era el blanco con patitos amarillos al medio. Un plato de sopa que siempre usaba para tomar sopa de avena cuando tenía frío. Así que lo guardé abajo de mi remera, en la panza, lo enganché en el cinturón. Lo salvé.

Silencio.

Mamá rompió 13 platos y 7 tazas ese día. Yo uno, pero asesiné a muchas hormigas.

(Silencio.)

Ya vamos a *comprar más*, me dijo ella y se tiró de rodillas ahí, en el medio de los pedazos de vidrio. Estiró la mano y me buscó. Estaba tan contenta que no me veía. No me veía a mí y no veía que tenía las rodillas con sangre...

No sirve más esta casa

Te dejamos todo lo que pudimos

Se está cayendo

Se está viniendo encima

Se va a destruir

Mirá la luna

Mirá para allá.

Se decidió. Me lo dijo el señor. Me dijo que ya no puedo estar más. *Esto es de mi propiedad ahora.*

Él me hablaba eso y yo pensaba en tocar el piano.

¿Por qué nunca aprendí a tocar el piano?

El silencio primero. El piano después.

Le da un beso al pez.

Las piletas se destruyen también.

No explotan en pedazos, no.

Se tapan

Y desaparecen así: llenas de escombros, selladas con cemento.



A mi casa la tiran

A la tuya la tapan

Eso me dijo. Que tienen que romper todo.

¿NO LES IMPORTA NADA? ¿NO LES IMPORTA NADA DE NADA?

El pez en su pecho.

Yo a vos te hice eterno.

Me van a sacar las cosas de las manos

Me sacan las cosas de las manos.

¿Qué es para ellos esta casa vieja?

El tiempo se ve en el pozo que hacen los pies de los nenes en las hamacas de las plazas. De la fuerza de los pies, de querer frenar en la velocidad de la empujada. De la polvareda por la resistencia. Pero ya no puedo más. No me dejan.

Hacíamos ollas de dulce, del ciruelo que arrancaron hace pocos días. Como no pudieron hacerlo fácil, trajeron máquinas. Llenaron el patio de armatostes. Engancharon sogas a una camioneta también. Tiraron, se ahogaron de tanto humo que sacaba el motor, pero el árbol no quería salir. Aferrado estaba.

No quise mirar el momento en que lo dejaron tirado

Extirparon algo que nunca tendría que haber sido extirpado

Salió de la tierra y el árbol parecía otro

Las ramas se cayeron todas inmediatamente

Nunca vi algo así

Fue una magia.

CAUIFA
CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS
DE LA UNIVERSIDAD DE LA PAZ

El señor levantó los brazos cuando lo vio -por fin- arrumbado. Como si hubiera ganado un premio. Lo pateó con esas botas pesadas. Agarró un hacha y le hizo tajos, lo abrió en muchas partes. Los otros varones que estaban ahí, fumaban, sin ver el peligro del fuego en medio de tanto pasto crecido. Se reían, se reían de ese señor transpirado que rompía cada vez más el árbol más viejo del barrio. En el que mi abuela colgaba los pañuelos de tela, siempre los mismos. Sus mocos mojados. El árbol donde yo siempre había querido una casita. Pero a las mujeres solas les cuesta mucho construir.

Hasta el lunes, me dijo después.

Y sí nena, acá hay que demoler todo. Empezamos el lunes. Ya está, ¿qué más querés?

Demoler

Demoler

Ya armé mi bolso, ¿sabés? Puse todo, menos las bombachas.

Las bombachas las dejé escondidas por la casa.

En la pieza de mi abuela, que es donde duermo la siesta

En el ventiluz del baño

En la cocina, debajo de la mesada

Enredadas en la reja de la puerta que da al patio

Dejé olores puestos por ahí. Desparramados.

Y me llevo un azulejo azul del baño -que ya empezaron a romper cuando salí de bañarme ayer.

Puse un pie afuera y ya estaban golpeando, tirando abajo, sin ningún pudor, ningún sentimiento, aurículas en las orejas en medio del vapor y de los pelos pegados en la ducha. Felices triturando.

Dejé casi todo listo al lado de la puerta para mañana. Las valijas enormes, tres cajas, puse muebles en el patio de adelante, cosas que pienso dejar ahí, para que alguien las agarre.



¡Hacete un palacio, si querés!

¡Hacete lo que quieras!

¡Voy a pasar durante siglos, y siempre voy a decir que esa casa era mía, que ahí estaba yo, estábamos todos, antes! Comiendo ciruelas verdes, escupiendo carozos a los vecinos.

Mi abuela no se dio ni cuenta que había tanta humedad adentro. Ella se fue quedando sin vista, sin piernas, sin ganas. No alcanzó a ver el hongo en flor hermoso que nació en la pared del pasillo.

Al final no diferenciaba el olor de un tuco al de un café cargado.

Cuando se murió, no se dio ni cuenta de que era muerte.

Pidió pan con queso.

Panconqueso

Panconquesomantecoso

Se lo comió

Y ya está.

Tampoco pensó que podría haber problema, después.

Esta casa es tuya, Mara querida, me había dicho varias veces.

Pero los primos de lejos siempre traen problemas

Obligan

Quieren plata

Qué saben ellos, si nunca vinieron...

Para ellos no es nada esta pileta.

Mi abuela encontró gatitos acá una vez y ellos ni supieron del gato.



¿Entendés?

Hay que salir de esta agua

Y a vos que tanto te gusta

Que ya olés a podrido

Que se te cambió el color

Que sos el único que conoce lo que hay ahí abajo

Debajo de esa mugre

Vos querés estar en la asquerosidad

Y ellos quieren secarla

Mi amor

Mi amor

Nos tenemos que ir

¿Y si les digo que nos quedamos acá?

Que nos tiren cemento y nos conviertan en estatuas

Si somos los que siguen

Se murieron como ratas

Y nos dejaron solos...



Que nos hundan

No importa nada más.

Mira el agua.

Un ratito más. Un ratito más y listo.

Deja al pez en la pileta. Mira el agua.

¡No pienses en el frío! ¡Pensá en saltar!

Se tira.

Fin.

